

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Iglesia y Trinidad [Trinity Church]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Dianich, Severino
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-11 16:44:29
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222622

1. La fe trinitaria en la estructura de la celebración eucarística

¿Dónde se encuentra hoy día la Trinidad en la iglesia? ¿Representada en pinturas sobre viejas tablas o al fresco en las amplias paredes de basílicas y catedrales, en el solemne dictado de los dogmas, en las clásicas formulaciones de los catecismos? Ciertamente, sí. Pero en la predicación ordinaria, en la espiritualidad del común de los cristianos, en la programación pastoral y en la estructuración misma de la iglesia no parece que resulte determinante el hecho de que el único Dios de la fe cristiana es Padre, Hijo y Espíritu Santo (1).

Sin embargo, hay una acción de la iglesia —donde ésta se realiza al máximo nivel de su esencia sobrenatural—, en la cual la visión trinitaria de Dios es tan determinante que sin ella ese mismo acto quedaría privado totalmente de sentido: se trata de la eucaristía.

De hecho, en la celebración eucarística se ofrece a Dios el sacrificio de Cristo: es un gesto que tiene sentido sólo si existe una relación, ini-

(1) B. FORTE habla de un “exilio de la Trinidad”, verificable en la mentalidad de los cristianos y cita, como ejemplo significativo y clamoroso, la sentencia de Kant, para quien “de la doctrina de la Trinidad, tomada al pie de la letra, es absolutamente imposible sacar nada para la práctica” (*Trinità come storia. Saggio sul Dio cristiano*. Paoline, Cinisello B. 1985).

maginable en un marco exclusivamente monoteísta, entre Jesús y Dios (a quien necesitará llamar “el Padre”). Jesús-Dios no ofrece el sacrificio de su vida a sí mismo, sino a la persona divina de su Padre. Por otro lado, la iglesia no estaría en condiciones de poder renovar el sacrificio de Cristo si no tuviera conciencia de que el Espíritu Santo la sitúa en una nueva y única relación con el Cristo, por la que Jesús no es ya la pura realidad de un sujeto histórico ante la iglesia, sino que se interioriza en este nuevo cuerpo suyo. No en vano la consagración se cumple en la invocación del Espíritu y la gracia invocada consiste en la transustanciación del pan y el vino y en la unidad de los creyentes en un único cuerpo. Ahora bien; todos sabemos que no hay iglesia sin eucaristía; pero tampoco hay eucaristía sin trinidad en Dios. Por consiguiente, no hay iglesia que no se realice por y en las relaciones trinitarias.

2. Cristomonismo eclesiológico

Parece casi imposible, pero, sin embargo, ha existido una etapa nada breve en el quehacer de la eclesiología, durante la cual la preocupación apologética, tendente a legitimar la iglesia frente al estado y también su estructura católico-romana frente al protestantismo, ha podido generar una interpretación de la relación de la iglesia con Cristo en la que no resultaba relevante ni su muerte, ni su resurrección ni su comunicación con el Padre. El esquema de tal razonamiento era bastante simple: Jesús es Dios, él ha fundado la Iglesia, la ha fundado con una estructura jerárquica; por consiguiente, la iglesia jerárquicamente estructurada está divinamente legitimada ante el mundo. Se trataba de una especie de positivismo eclesiológico, en el cual bastaba la voluntad de Cristo de fundar una iglesia con determinada estructura para explicar la naturaleza y el sentido de la presencia de la iglesia en el mundo. Justamente se ha hablado de *cristomonismo* cuando, tanto en cristología como en eclesiología, se olvidó subrayar el papel del Espíritu, tanto en la encarnación y en la vida del Hijo como en la relación de la iglesia con Cristo (2).

El Vaticano II, reaccionando contra la tentación de semejante impostación del discurso eclesiológico, al comienzo del tratado sobre la iglesia, dedicó tres párrafos a su fundamento trinitario. Son enorme-

(2) Y. M. CONGAR, *Pneumatologie ou “christomonisme” dans la tradition latine?*, en *Ecclesia a Spiritu Sancto edocta*. Mélanges G. Philips, Gembloux 1970, 41-63.

mente sugerentes y prometedores, aunque en realidad, después de dicho concilio, esas expectativas no se hayan cumplido del todo (3).

3. La obediencia del Hijo

Leyendo el nº 3 de *Lumen Gentium*, que expone el origen de la iglesia en Cristo, llama la atención antes que nada el hecho de que se hable de Jesús en constante referencia al Padre. El Hijo es “enviado del Padre”, en él nos ha elegido el Padre, porque en él el Padre ha querido instaurar todas las cosas. Por tanto, Cristo “para cumplir la voluntad del Padre” nos ha revelado el misterio del Reino y “a través de su obediencia” nos ha redimido. Además, la iglesia se desarrolla en el mundo “por la fuerza de Dios” y su origen se encuentra en el signo del agua y de la sangre que brotaron del costado abierto de Cristo en la cruz. Esta espléndida y sugerente imagen de Cristo en la cruz, de cuyo costado, como Eva de Adán, nace la nueva humanidad, no es sólo un admirable toque poético del discurso; más bien sugiere como lugar originante de la iglesia no simplemente la persona de Jesucristo o su obra globalmente entendida o su voluntad de crear la comunidad cristiana, sino su muerte en la cruz, en obediencia al Padre, haciendo de su muerte la perfecta y santa oblación a Dios de su existencia. De hecho, si la iglesia, en su realización como equipo y comunidad de hermanos, es la figura visible de una nueva humanidad que no se reconoce ya en aquellas raíces del viejo Adán de la desobediencia y del pecado sino que tiene su origen en el nuevo Adán y en su fiel y plena obediencia al Padre, es natural que se injerte en Cristo y obtenga de él la savia de la vida, precisamente en el acto decisivo de su relación con el Padre, en aquella obediencia que lo ha conducido hasta la muerte y muerte de cruz (4). Jesús, en la última cena, transformando la inminente tragedia de su muerte en un rito, al ofrecer el cáliz, ofrece a los hombres su sangre como sanción de un nuevo pacto con Dios que funda un nuevo pueblo. Y la iglesia se rehace siempre de nuevo en la totalidad de su misterio, cada vez que en memoria de Jesús ofrece el pan y

(3) Y.M. CONGAR, *Implicazioni cristologiche e pneumatologiche dell'ecclesiologia del Vaticano II*, en *Cristianesimo nella storia*, 2, 1981, 97-110; J.D.ZIZIOULAS, *Cristologia, pneumatologia e istituzioni ecclesiastiche: un punto de vista ortodosso*, ib. 11-127. Para algún desarrollo teológico posterior al concilio, ver J. MOLTMANN, *La chiesa nella forza dello Spirito. Contributo per una ecclesiologia messianica*. Queriniana, Brescia, 1976 y también *Trinitat und Reich Gottes. Zur Gotteslehre*. Kaiser, Munchen, 1980; B. FORTE, *La chiesa come icona della Trinità. Breve ecclesiologia*. Queriniana, Brescia, 1984; L. BOFF, *Trinità e società*. Cittadella, Assisi, 1987.

(4) Fil 2,8.

el vino, identificándose en él en su amorosa oblación de sí mismo al Padre, en nombre de todos los hombres. Por lo tanto, no se podría comprender por completo a la iglesia como sacramento de la nueva humanidad redimida sin intentar penetrar en la misteriosa relación del Hijo con el Padre. Jesús, en su historia humana, vive el drama de todo hombre que busca a Dios y que sólo puede encontrarle en el don total de sí. Pero su historia no puede ser pensada como el mito de un Dios que se encarna para poder vivir en la apariencia humana la misma experiencia de los hombres en su encuentro con la divinidad. La verdad de la obediencia de Cristo y, por tanto, de nuestra redención que proviene de ella, está totalmente vinculada a la verdad de una relación auténtica entre su más profunda subjetividad —la de Hijo de Dios— y el Padre en una verdadera y propia relación interpersonal. Aquel “no se cumpla mi voluntad sino la tuya”, que expresa su máxima decisión existencial, sería una ficción si se pensara en la tensión entre la voluntad del hombre y la de Dios en el seno de un Dios concebido como única persona. Sólo en cuanto Cristo vive una verdadera relación interpersonal con el Padre, nosotros podemos recibir la gracia de penetrar en ella y renacer a la nueva vida.

4. La encarnación del Hijo

Que la iglesia provenga no del *Dios encarnado* sino de la existencia humana del *Hijo de Dios encarnado* es un factor de decisiva importancia para la naturaleza y autoconciencia de la iglesia. Ella representa la estructura esencial de mediación entre el hombre de todo tiempo y la gracia donada por Dios a todos los hombres. Ahora bien, la cualidad y el modo de ser de semejante estructura en el seno de la sociedad y de la historia humana constituyen un problema muy complejo, de cuyas diversas soluciones depende la posibilidad de aceptar o el imperativo de rechazar la pretensión de esta especie de representación de lo divino por parte de una institución humana. De las antiguas monarquías sacrales a los estados o partidos modernos, incensurables detentadores de la verdad, la humanidad, a lo largo de la historia, ha padecido infinitas tragedias en nombre de unos derechos divinos manipulados por hombres e instituciones que se han puesto entre Dios y el hombre en nombre de Dios. No es casual que la corte bizantina favoreciera el arrianismo; la fe trinitaria, de hecho, venía a turbar aquel planteamiento que deducía del poder del único monarca en el cielo el poder del único monarca en la tierra (5).

(5) Ver a este propósito el pequeño libro de E. PETERSON, publicado en el lejano 1935: *Il monoteismo come problema politico*. Queriniiana, Brescia 1983.

Sólo la referencia de la iglesia como sujeto histórico a la vivencia histórica de Jesús, Hijo de Dios encarnado, le permite respetar radicalmente la ulterioridad de Dios. La iglesia, en efecto, en cuanto fundada por Jesús, posee caracter divino, pero no hasta el punto de poderse identificar con lo divino y presentarse a los hombres como perteneciente al mundo de lo divino. Es interesante observar, por ejemplo, cómo en el lenguaje cristiano nunca se haya definido al papa como “vicario de Dios”, sino solamente como “vicario de Cristo”, ni que nunca se haya dicho que el ministro ordenado actúa “in persona Dei”, sino sólo “in persona Christi”. Cualquier vicaría, delegación o forma de representación tiene siempre tras ella la relación de Cristo con el Padre y, por tanto, la infranqueable alteridad de lo divino. En cuanto la iglesia es el cuerpo de Cristo, esto es, del Hijo encarnado, ella se encuentra de parte del hombre ante Dios más que de parte de Dios ante el hombre.

Cuando Juan se resistía a bautizar a Jesús, declarando así su radical inferioridad respecto a él, Jesús respondió afirmando que debía “cumplir toda justicia” (6). Ahora bien, para Jesús es justo aquello que corresponde a la voluntad del Padre; por tanto, hay que deducir que la voluntad del Padre era que Jesús participase de la suerte de los pecadores, no que se pusiese él a bautizar sino que se hiciera bautizar conjuntamente con ellos. La referencia de la iglesia a Cristo no la lleva por eso mismo a configurarse al modo de una instancia superior a los hombres puesto que Dios queda siempre por encima y más allá; ante Dios, con Cristo, la iglesia “camina juntamente con toda la humanidad y experimenta junto con el mundo la misma suerte terrena” (7).

5. El designio de salvación del Padre

La ulterioridad de Dios, garantizada y mantenida por la relación del Hijo encarnado con el Padre, tiene el valor de una instancia juzgadora que afecta a la iglesia de la misma manera que al mundo. Pero no se trata sólo de esto. Jesús, paragonando su misión a la de un pastor que deja en el redil noventa y nueve ovejas para salir en busca de la que se había perdido, se justifica apelando al Padre, el cual “no quiere que se pierda ni uno sólo de estos pequeños” (8). De manera significativa, la *Lumen Gentium*, en el n° 2, dedicado a la relación de

(6) Mt 3, 13-15.

(7) GS 40.

(8) Mt 18,14.

la iglesia con el Padre, comienza haciendo una referencia a su designio de salvación, que comprende a todos los hombres, y concluye proyectando el final escatológico, en el cual el designio divino se cumplirá acogiendo a todos los justos de la tierra, comenzando por Adán, y se cita la bella expresión de Gregorio Magno: “ab Abel iusto usque ad ultimum electum”. Entre el proyecto primordial del Padre y su cumplimiento escatológico está la convocación de todos los creyentes en Cristo en la iglesia, entendida como sujeto colectivo que se mueve en la historia ligado a determinadas coordenadas espacio-temporales. En cuanto la iglesia tiene su origen en la vivencia histórica de Jesús de Nazaret y asume históricamente la tarea de prolongar la misión mesiánica, se puede conocer de ella los datos de su nacimiento, describir su desarrollo histórico y la expansión geográfica. Correlativamente se pueden señalar los tiempos en los que no existía y los lugares a los que no ha llegado. En este sentido, cabe decir que histórica y geográficamente su existencia y su misión son limitadas. Es una limitación que se inscribe perfectamente en la lógica de la encarnación: si el Hijo de Dios se hace hombre, él mismo no va a poder eludir los confines espacio-temporales de la existencia humana ni los de la comunidad que proviene de él y en él se funda. Es cierto que su obra tiene esencialmente la dimensión de la divinidad de su persona de Hijo eterno, pero ello no anula los caracteres propios de su existencia histórica. De ella cabe decir, sin embargo, que constantemente se manifiesta inserta en la voluntad del Padre y en su eterno designio de salvación. De aquí deriva otro elemento que otorga fundamental relevancia a la dimensión trinitaria de la iglesia: si su divino fundador no es simplemente Dios encarnado, sino el Hijo de Dios, su existencia no se desarrolla exclusivamente en el horizonte de la encarnación y sus confines históricos, sino en el infinito horizonte del proyecto del Padre que pretende la salvación de los hombres más allá de todo límite espacio-temporal. Así existe la iglesia, con su perfil histórico y geográfico, a la vez que existe también una iglesia fuera de la iglesia: una “ecclesia ab Abel”, es decir, la comunión universal de todos aquellos que el Padre contempla unidos a su Hijo, en el secreto de su existencia, más allá de cualquier ámbito en el que transcurra la comunicación empírica de la existencia histórica de Jesús de Nazaret y la transmisión de su gracia en signos visibles.

Como ya se ha dicho antes respecto a la representación de lo divino, importa recordar aquí que una iglesia que se refiriese a Cristo olvidando que él es el Hijo del Padre, podría caer en la presunción de agotar ella misma el designio salvífico. Si el “extra ecclesiam nulla salus” significara que fuera de los confines del sujeto histórico de la co-

munidad fundada por el Jesús histórico no se salva nadie, se llegaría a ignorar que del Padre procede no sólo la misión del Hijo encarnado, sino también la misión del Espíritu Santo. Pero el Espíritu, que no se ha encarnado, lleva a cumplimiento el plan salvífico del Padre, no ciertamente al margen de la única economía de la gracia que tiene en su centro el Verbo de la creación, pero sí más allá de los límites histórico-geográficos en los que se ha cumplido su encarnación y se ha realizado la existencia histórica que en ella tuvo su origen.

Sólo teniendo conciencia de la complejidad de su relación con Dios, que pasa a través del Hijo encarnado y comprende el designio del Padre y la misión del Espíritu, la iglesia puede considerarse a sí misma como sacramento de salvación, no encerrada en sus propios límites, sino haciendo emerger en su propia visibilidad aquel misterio sin confines, en el que todos los hombres de la tierra, llamados a responder en lo íntimo de su conciencia la llamada del Padre, son protagonistas.

6. La misión del Espíritu Santo

Existe una relación de la iglesia con su fundador y cabeza, que, aunque vivida en la fe, se configura al modo de la relación que cualquier grupo social tiene con sus antepasados o con su fundador. Es un plano de relación de importancia fundamental, que el Nuevo Testamento, de modo particular en las cartas de Juan, ha defendido con empeño, contra un cristianismo espiritualizante que tendía a divisar en el Cristo glorioso a su Señor y Dios, de quien el cuerpo de la iglesia habría alcanzado su existencia y vigor independientemente de su entronque con la vivencia histórica de Jesús, de su vida terrena, de sus obras y de su muerte. No obstante, Pablo dirá que si hemos conocido a Cristo según la carne ahora no lo conocemos así (9). Hay otro plano del conocimiento de Cristo y, por tanto, de la relación establecida entre él y la iglesia. A ese “según la carne” de Pablo conforme a su lenguaje habitual, corresponde un “según el Espíritu”. Sólomente por la fuerza del Espíritu el hombre puede creer y profesar que el Jesús conocido según la carne ha resucitado y es el Señor (10). Por la gracia del Espíritu la relación con Cristo se interioriza (11), hasta el punto que, dirá

(9) 2 Cor 5,16.

(10) 1 Cor 12,3.

(11) “Que el Cristo habite por la fe en vuestros corazones” (Ef 3,17).

san Pablo, él vive en nosotros más que cuanto nosotros vivimos en nosotros mismos (12). Y es, también, por la gracia del Espíritu que se hace posible nuestra identificación en Cristo por lo cual nos sentimos también nosotros hijos de Dios y podemos exclamar respecto a él: “¡Abbà Padre!” (13). Así, pues, es evidente que no se trata de que la iglesia se relacione con su fundador histórico, considerándolo únicamente al modo de un interlocutor objetivo, de quien recibe su origen y que la legitima ante el mundo. Ni tampoco se trata de disponer de él como de un mediador entre la comunidad y Dios, al modo de una institución sacerdotal o de la ley antigua. Mucho menos. Cristo será para la iglesia, *sit venia verbo*, el fetiche totémico de su compasión y de su esperanza: los cristianos peregrinarán a su sepulcro, pero seguros de encontrar vacía la tumba. El propio Jesús, por lo demás, auspicia esta nueva relación cuando afirma: “Os conviene que yo me vaya” (14). De hecho, ahora que el Espíritu Santo nos enseña sus cosas, no permanecemos simplemente ligados a su memoria histórica, como si se tratara de un documento que se conserva en el archivo, puesto que él mismo nos ha dicho: “El Espíritu de verdad... os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino dirá todo lo que habrá oído y os comunicará las cosas venideras” (15). Verdaderamente, la capacidad de la iglesia de caminar en la historia, de mirar el futuro, de proyectarlo y construirlo así como de invocarlo y esperarlo, siempre bajo la palabra de Jesús, pero con la posibilidad de proyectarla hacia adelante, procede de la misión del Espíritu Santo: la memoria de Cristo que celosamente custodia es una “memoria futuri” que trata de perpetuarse en forma siempre nueva y diversa.

7. Conclusiones

Según la tradición de la predicación y de la catequesis cristiana. la iglesia contempla al Dios trino y único de su fe como un modelo en el cual inspirarse, para realizar la unidad en la pluralidad de los múltiples sujetos que la componen con toda la diversidad de carismas de que son portadores. Así, la comunidad cristiana, congregando en la unidad de la fe y del amor hombres y pueblos diversos, se convierte en

(12) Gal 2,20.

(13) Rom 8,15.

(14) Jn 15,7.

(15) Jn 16,13.

la tierra el icono de la Trinidad celeste. Pero a pesar de ser válida y bella, esta manera de presentar la relación de la iglesia con el misterio de la Trinidad de Dios no desvela su significado más profundo. En el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo y en sus relaciones encontramos bastante más que un “buen ejemplo” de cómo debemos amarnos en la iglesia, llevando a la unidad nuestra diversidad. En realidad, la constitución de la iglesia, como espero haber logrado mostrar, depende de la trama de relaciones y de las misiones trinitarias. No hay nada en la relación de la iglesia con el Padre que no venga determinado por su relación con el Hijo y con el Espíritu. No hay nada en su relación con el Hijo que no esté determinado por el Espíritu y no venga condicionado por su relación con el Padre. Nada cumple en la iglesia el Espíritu que no sea querido por el Padre y por el Hijo. Por lo cual, la iglesia, para ser ella misma, no puede referirse a Dios como si no fuese Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero sobre todo es importante para su autoconciencia, para la comprensión de su misión en el mundo y para su misma estructura, el hecho de que la iglesia surge en la historia por voluntad y obra de un Dios encarnado, que es el Hijo enviado por el Padre y al cual nos referimos en la gracia y en la dimensión propia del Espíritu. Sólo así queda claro que la dimensión histórica-o-empírica de la iglesia no agota el misterio de su relación con Dios, que su investidura divina no le impide ponerse de parte del hombre ante Dios y que su presencia en la historia no está determinada únicamente por un acontecimiento pasado, sino que queda abierta a un futuro siempre nuevo e imprevisible.

Traducción: IGLESIA VIVA